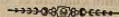


en algo templase la acerbidad de sus dolores, ó minorase el mérito de su sacrificio.

No convenia ménos á la fineza de su amor materno, que era tal, que no le permitia huir ó estar lejos de su unigénito; razon porque llega animosa hasta la cruz, y ya que no puede socorrerlo en modo alguno, ni disminuir su pena, se acerca cuanto puede, lo mira, lo contempla, le habla con el corazon, y se conserva atenta á quanto pasa á su Hijo en aquellas tres horas de dolor y de penas incomprendibles. ¡Oh, y quien podrá contemplar lo que pasa en los corazones de Jesus y de María en esta hora tristisima! Jesus tiene patentes todas las penas de su adolorida Madre; registra sus pensamientos y sus afectos todos; y María, absorta en lo que su Hijo padece, contempla principalmente lo que siente su corazon, y se engolfa del todo en el inmenso mar de su pasion interior. ¡Ah, que ella corre con su Hijo una misma borrasca! Vine, le dice con el profeta, vine á la altura del mar, y la tempestad me sumergió. ¡Ni cómo podia ser de otra manera cuando no podia darse entre María y Jesus, no solo indiferencia, mas ni el menor resfrio en el amor inmenso con que se aman: amor que en este trance se convierte en dolor; pues no teniendo nada de lo que puede consolar ó recrear al corazon amante, toda su actividad, toda su fuerza está en sentir las penas de su amado.

Suben estas de punto en la situacion de María, por lo que debe á la perfeccion de su virtud en la plena y consumada conformidad que esta le exige con las disposiciones del Altísimo. Esta conformidad hace que María apruebe el sacrificio de su Hijo, que preste su consentimiento y suscriba los decretos eternos que él cumple en su pasion y muerte. He aquí otra razon poderosa para la firmeza y constancia con que la adolorida Madre se mantiene en pié junto á la cruz de su Hijo. ¡Nuevo tormento! ¡nuevo sacrificio! que el corazon que mas siente sea el mas esforzado para superar sus dolores, y hallarse tan resignado en la disposicion divina, que si esta hubiese sido que ella misma, como otro Abraham, sacrificase á su Hijo aun del modo mas cruento y doloroso, lo hubiera ejecutado sin vacilar un punto, dicen los padres de la Iglesia. He aquí, como la Virgen Madre de Dios, se halló tambien en el Calvario como ministro del sacrificio de su Hijo. No por esto faltaba en lo mas mínimo al amor que le debía, pues el amor que nos viene de Dios y produce la gracia y la virtud, es un amor sábio, que prefiere la gloria

de Dios y la obediencia á su voluntad santísima á cualquiera otra consideracion; de donde es que así como Dios Padre amando á su Hijo lo dió á los hombres para que con su Pasion y muerte los redimiese, así María amando á este mismo Hijo suyo, de quien es verdadera Madre, nos le dió plenamente para que padeciese y muriese por nosotros. ¡Oh! no sea en vano, Santísima María, no sea en vano para nosotros tu doloroso sacrificio, ni desaprovechemos el ejemplo que nos da en el Calvario tu incomparable virtud. Haz, Virgen Santa, que los que así contemplamos y veneramos tus dolores, participemos de la gloria inefable y sumo gozo que por ellos disfrutas en la patria.



Sábado de la Semana de Pasion.

ESTE Sábado se contó por mucho tiempo en el número de los dias vacantes, por no tener oficio particular, sobre todo en la Iglesia de Roma. Era la causa que el papa se hallaba todo el dia ocupado en la distribucion de limosnas, que le impedian aplicarse á la estacion de los fieles y á los oficios. Por ministerio del papa se repartía el pan fermentado en el palacio de Letran que habitaba, y las limosnas de toda especie en el Vaticano á los pobres y á los extranjeros que concurrían en gran número, y asimismo á los enfermos y necesitados vergonzantes de todos los cuarteles de la ciudad.

En el lugar destinado para estas segundas distribuciones, habia una fuente de agua que se llamaba la Fonte Sabática, en la cual el papa lavaba en este dia los piés á los pobres que recibían de su mano la limosna, y se hacia esta ceremonia para honrar la memoria de lo que hizo la Magdalena cuando derramó el bálsamo sobre los piés del Salvador, y tambien para aligerar las atenciones del Juéves Santo, entre cuyas ceremonias está la de lavar los piés, como lo hizo Jesus con sus discípulos la víspera de su muerte. Los escritores han juzgado diversamente acerca de la inteligencia del pan fermentado que se distribuía en el palacio de Letran.

No se dió oficio propio á este Sábado hasta el siglo XII. Hubo tambien su variedad tomándose en unas iglesias varias partes del oficio del Miércoles precedente, en otras el del Juéves, y en algunas se contentaban con repetir el del Viérnes precedente, hasta que se fijó el que se notará en las partes de esta historia.

El introito de la misa es el mismo del día antecedente: Compañero, Señor de mi aflicción que no puede ser mayor. Toda mi confianza está en vos; y aunque parece que han de acabar conmigo mis enemigos, por ser muchos y muy grande su malicia, vos sabreis muy bien librarne de sus manos; de suerte que toda su malicia y su crueldad solo servirán para hacer con vuestra asistencia mas gloriosa y mas completa mi victoria.

La Epístola contiene una especie de conspiración que los judíos hacian contra Jeremías, la cual miramos nosotros como una figura de la que los descendientes de aquellos judíos formaron mas adelante contra Jesucristo.

Se dijo en el día antecedente cuál era el origen envenenado de aquel odio mortal que los judíos habian concebido contra el santo Profeta. Les anunciaba por orden de Dios las desdichas que habian de venir sobre ellos, en castigo de sus horribles desórdenes. ¿Pero qué mal les hacia? ¿Qué motivo toman para querer quitarle la vida? ¿A lo ménos no debian de aguardar el evento de las predicciones del Profeta? Sus predicciones no eran la causa de los males que les amenazaban; al contrario, eran un medio que Dios les daba, para prevenirlos y evitarlos; por otra parte, los judíos no ignoraban sus delitos: ¿qué hubieran arriesgado en hacer penitencia y corregirse? El evento no tardó en verificar la funesta predicción. Pero ni aun por esto dejaron de perseguir al Profeta, sino que se exasperaron mucho mas y se empeñaron en perseguirle con mas furor. Venid y formemos nuevos designios contra Jeremías, por mas irreprehensible que sea en su conducta y en sus costumbres; nos ha anunciado todas las desdichas que nos suceden; es menester perderlo. Así discurre la pasión: nunca se discurre de otro modo, cuando es la pasión quien domina. Algunos intérpretes dan á estas palabras otro sentido, que no hace ménos injusto el modo de discurrir de los judíos: Venid, hagamos perecer á Jeremías; porque mientras viva, jamas perderá de vista la ley; jamas dejará de observarla, y así no cesará de echarnos en cara el que nosotros la violamos; nos fatigará eternamente con los importunos consejos de su pretendida sabiduría, y con sus molestas predicciones. Venid, hirámosle con los tiros agudos de nuestras lenguas. Tiznemos su reputacion con toda especie de calumnias. En todas estas persecuciones era Jeremías una figura harto expresa de Jesucristo. Apenas se dijo cosa de este santo Profeta que no con venga todavía mejor al Salvador

perseguido por los judíos. Vosotros decís: ¿Cómo quitamos la vida á Jesucristo, habiendo sido Pilatos quien lo condenó, y sus soldados los que ejecutaron la sentencia? Tambien vosotros, ó judíos, le disteis la muerte, dice San Agustín: ¿y cómo le hicisteis morir? Con la espada de la lengua, porque aguzásteis vuestras lenguas; ¿y cuándo os servisteis de esta espada para darle la muerte, sino cuando gritásteis: crucificalo, crucificalo?

Señor, poned sobre mí vuestros ojos, dice Jeremías, y atended á las palabras de mis enemigos. ¿Por ventura se paga mal por bien? ¿Quién jamas tuvo mas razon para hacer esta reconvencción á los judíos y para quejarse de ellos que Jesucristo? Yo no os he hecho sino bien, les dice. ¿Qué de enfermos he curado? ¿Qué de muertos he resucitado? ¿Qué de hambrientos he alimentado? ¿Por cuál de estos beneficios y de estos milagros quereis quitarme la vida? ¿Mi muerte de cruz que pedis con tan furiosas instancias, debe ser todo el fruto de vuestro agradecimiento? Acordaos, Señor, continúa el Profeta, que me he presentado delante de vos para pedirlos que les perdoneis, para desviar vuestra indignacion de este pueblo ingrato.

Pide á Dios el Profeta que castigue á los judíos, abandone á sus hijos á la hambre, &c. No es, dicen los padres, un espíritu de amargura y de venganza el que hace hablar así á Jeremías, sino un espíritu del zelo por la gloria de Dios, y de caridad por aquel infeliz pueblo, que no habiéndose hecho mejor con las exhortaciones ni con las amenazas, pide el Profeta que se conviertan siquiera con el castigo y las aflicciones. Pide que el pecado sea castigado, para que la impunidad no fuese un motivo de escándalo á sus descendientes. Vos, Señor, continúa el Profeta, conocéis todas sus malignas intenciones y la conspiración que han tramado contra mí; tratadlos con toda severidad al tiempo de vuestro furor. No es esto, dicen los Padres, deseo de un zelo amargo, sino una simple profecía de lo que debia de suceder bien presto.

El Evangelio de este día es del capítulo XII de San Juan, en el que cuenta lo que sucedió el día despues de haber comido Jesucristo en casa de Simon, donde se habia hallado presente Lázaro nuevamente resucitado.

Los príncipes de los sacerdotes al ver que muchos judíos se retiraban de ellos despues de esta milagrosa resurreccion, y creian en Jesucristo, como que Lázaro resucitado era un monumento vivo é

incontestable del poder divino de Jesucristo, los príncipes, pues, de los sacerdotes y los mas calificados de la nacion, resolvieron quitar la vida á Lázaro. Pensamiento tan extravagante como cruel, dice San Agustin; porque ¿por ventura el golpe que quitaría la vida á Lázaro, quitaría á su bienhechor el poder de devolvérsela? ¿El que habia podido resucitar á Lázaro de muerte natural, no hubiera podido resucitarlo de muerte violenta? Todo el delito de Lázaro para con los príncipes de la sinagoga, era ser amigo de Jesucristo.

El día siguiente, esto es, cinco dias ántes de su Pasion, el Salvador, que se habia quedado esa noche en Betania, se puso en camino con sus discípulos para venir á Jerusalem, adonde acudian gentes de todas partes para celebrar la fiesta de la Pascua. Cuando estaba á mitad del camino, viendo delante de sí la aldea de Betfage, que estaba á la falda del monte Olivete, envió á ellos dos de sus Apóstoles para que le trajesen un jumentillo: montó en él para cumplir hasta las mas menudas circunstancias de la profecía de Zacarías, y se encaminó á la capital. Habiendo sabido el pueblo y todos los extrangeros, que venia el que habia resucitado á Lázaro, le salieron en tropas al encuentro, llevando en las manos ramos de palmas, y gritando: ¡Hosanna! bendito sea el rey de Israel que viene en el nombre del Señor. Esta especie de triunfo trocó en furor la envidia de los fariseos. ¿No veis, se decian unos á otros, que todas nuestras maniobras solo sirven para hacerlo mas poderoso? Todo el mundo se va tras él, y á poco que nos descuidemos en ejecutar lo que hemos resuelto, todo el pueblo se va á declarar por él y ya no nos respetará á nosotros como sus maestros.

Pero como no era justo que solo los judíos conociesen al que habia venido á salvar á todo el mundo, inspiró Dios á los gentiles un gran deseo de verlo. Estos se dirigieron á Felipe, uno de los doce Apóstoles á quien conocian, y le dijeron que deseaban mucho ver á Jesus. Habiéndolo comunicado Felipe á Andres, entrambos se lo dijeron á su Maestro. Entónces el Salvador, tomando ocasion de este deseo que tenian los gentiles de verlo, manifestó á sus discípulos muchos y muy grandes misterios. Ha llegado el tiempo, les dijo, en que el que hasta ahora solo se ha llamado Hijo del Hombre, será adorado de todos los pueblos como Hijo de Dios: en toda la tierra se le tributarán de hoy en adelante los honores divinos que le son debidos; atraerá á sí naciones enteras con mas facilidad que ha atraído hoy este pueblo y este corto número de gentiles que lo han recono-

cido por lo que es. Pero como la conversion de tantos pueblos debia ser el fruto de los oprobios de su pasion y de su muerte, añadió, que él seria semejante al grano de trigo, que no hace ni produce nada, si primero no muere en la tierra donde se ha sembrado. Yo soy este grano, les dijo, que no he de morir sino para resucitar, y con mi muerte y mi resurreccion he de atraer y congregar todos los pueblos á mi Iglesia. Ademas de esto añadió, que ellos debian morir tambien para volver á vivir gloriosamente como él; que los que buscan demasiado sus conveniencias y comodidades, los que no viven sino para los placeres ó entre los placeres de la vida, se hacen infelices por toda la eternidad y se procuran la muerte eterna: como al contrario, los que aborrecen su propia carne por amor del Señor tratando su cuerpo duramente, los que se niegan á todas las delicias de la vida, estos la conservarán para toda la eternidad y asegurarán una felicidad eterna. Esta máxima es austera, añadió el Señor; los sentidos la miran con horror, y el amor propio se asusta al oirla: ¿pero debe quejarse el criado de ser tratado como su señor? Y cuando su Señor no le pide al criado sino lo que ve hacer á su Señor, ¿puede decir que se le pide demasiado? En el mundo el señor manda lo que no hace; pero yo siempre hago primero lo que mando. En el mundo el criado jamas habita en el cuarto de su señor: en mi servicio, en cualquiera lugar que yo esté, está igualmente el criado que me sirve. Se debe pelear y combatir, cuando se vive bajo de mis banderas, es verdad; pero la victoria resarce muy bien las fatigas del combate; y mi Padre que corona todas las fatigas que se padecen por él, llena de gloria á todos los que me sirven. Todo esto será el fruto de mi muerte. Y no penséis que aunque la muerte dolorosa es ignominiosa que he de sufrir por la salud de todos los hombres, sea voluntaria y la haya yo elegido, no he de sentir todos los terrores naturales y toda la amargura que trae consigo. La muerte, los dolores y los oprobios me son á mí mas sensibles y mas crueles que pueden serlo á cualquiera otro hombre. La sola imagen que me formo de la muerte, el solo pensamiento que tengo de ella, conturba desde ahora mi espíritu. La perfecta conformidad que habia entre la voluntad humana y la divina de Jesucristo, no disminuía un punto la vivacidad del sentimiento que debia producir en la parte inferior la idea de una muerte cruel: tampoco este sentimiento se oponia en nada á la perfecta sumision que tenia á las órdenes de su Padre, á las cuales él mismo habia asentido y suscrito libremente; el

terror y turbacion que el Salvador muestra aquí á vista de su pasion, le eran enteramente libres; del mismo modo que el que mosstró pocos dias despues en el huerto de Getsamani; pero quiso sentir toda su acrimonia y toda su amargura, como que era nuestra cabeza, dice San Agustin, para servir de ejemplo á sus Apóstoles y á tantos millones de mártires. Les muestra aquí que teme la muerte como cualquier otro hombre, dice San Crisóstomo; pero que por obedecer á su Padre, atropella por la pena y repugnancia que le cuesta el padecerla: dándonos á entender en esto lo mucho que nos amaba, pues por nuestro amor se sujetó á una cosa tan terrible como la muerte.

Entónces el Salvador, dirigiéndose á su Padre, en medio de sus discípulos y del pueblo que le escuchaba, exclamó: "Padre mio, el horror natural que tengo á la muerte de cruz me obligaria á pedirte que me dispensaras de una muerte tan ignominiosa y tan cruel; pero como he venido al mundo para morir en una cruz y para salvar á los hombres por esta muerte, satisfaciendo con ella y por medio de ella á tu justicia, la acepto de todo corazón. Veo que se acerca el tiempo de mi sacrificio, para el cual he venido al mundo; y pues es tu voluntad que mi muerte sirva para tu gloria, no pido sino que se haga y cumpla en todo tu santa voluntad. Haz que te conozcan tus criaturas: manifiesta á todos los pueblos de la tierra la grandeza de tu nombre, y pues deseas hacer servir á tu gloria la ignominia de mi muerte, no ménos que los trabajos de mi vida, dispon de todo segun tu beneplácito."

Esta oracion de un Dios que se ofrecia tan generosamente á la muerte por la salud de los hombres, no podia dejar de ser oida en el cielo. En efecto, el Padre Eterno respondió á ella sensiblemente con una voz venida del cielo, que decia: "Ya glorifiqué mi nombre enviándote al mundo, y haciendo conocer por la santidad de tu vida y por la fama de tus milagros, que eres mi Hijo; y todavía lo glorificaré mas por los prodigios que acompañarán á tu muerte, á tu resurreccion, á tu gloriosa ascension y al maravilloso establecimiento de tu Iglesia." Esta voz celestial se hizo oir de todos los que estaban presentes, de un modo bastante inteligible; pero dió tanto golpe en todos los espíritus, que algunos la tuvieron por una especie de trueno, y otros creyeron que era voz de algun ángel que habia hablado á Jesucristo. El Salvador, que solo intentaba instruirlos y no satisfacer su curiosidad les dijo que aquella voz no habia

venido por él, sino por ellos, á fin de que no pudiesen ignorar que el que hablaba con ellos era el Hijo del Altísimo, y que no habia venido al mundo sino para santificarlo. Ahora, añadió el Señor, se le va á hacer justicia al mundo, y el príncipe de este mundo va á ser arrojado fuera de él. Por estas palabras quiere dar á entender Jesucristo, que el mundo debía ver bien pronto condenadas sus máximas y su espíritu, y destruido por la predicacion del Evangelio el imperio que el demonio habia tenido hasta entónces en el mundo. Antes de la muerte de Jesucristo, el demonio habia ejercido un gran imperio sobre los hombres, habiendo establecido su culto por todo el universo. El verdadero Dios no era conocido sino de los judíos, y aun de estos muy imperfectamente. La idolatría y con ella todas las adominaciones, habian inundado toda la tierra; ¿y cuántas gentes se veian poseidas del demonio en todas partes? La muerte de Jesucristo destruyó el imperio del demonio sobre la tierra. El paganismo, sostenido por todas las partes del mundo, ha caido con grande estruendo; la cruz de Jesucristo ha aniquilado todos los ídolos; el solo verdadero Dios ha sido reconocido, adorado y servido por todo el universo. Esto es lo que hizo decir al mismo tiempo al Salvador, que cuando seria levantado sobre la tierra, atraeria á sí todas las cosas. El tiempo, intérprete de las profecias, ha hecho ver claramente esta verdad. El Evangelio dice que el Salvador decia esto para dar á entender con que género de muerte habia de morir. Así lo comprendieron muchas personas del concurso, las cuales le respondieron: Nosotros sabemos por la ley, que Cristo ha de vivir eternamente. ¿Y cómo dice tú que este Cristo que tú llamas tan repetidamente Hijo del Hombre, debe ser levantado de la tierra y acabar su vida en una cruz? ¿Quién es este Hijo del Hombre? Estas personas solo atendian á lo que dice la Escritura, que el reino del Mesías debe ser eterno; pero les hubiera sido fácil saber lo que la Escritura y los Profetas predijeron tan claramente sobre las circunstancias de la muerte del Mesías. Así el Salvador, que veia mas ignorancia que malicia en los que le hacian esta pregunta, y á quienes sin embargo no juzgaba todavía capaces de concebir el misterio de su pasion y de su muerte, se contentó con darles esta saludable respuesta: *Todavía teneis luz por un poco de tiempo; caminad mientras que teneis luz.* Quiere decir, me queda poco tiempo que vivir entre vosotros; aprovechaos de esta ventaja y de la facilidad que mi presencia visible os da para salvaros. Se acerca el momen-

to en que los que no habrán creído en mí serán abandonados á sus tinieblas y á su voluntaria ceguedad: mientras que la luz os alumbrará, abrid las ventanas de vuestro espíritu y de vuestro corazón; creed las grandes verdades que os descubre, seguid el camino que os muestra; no sea que sorprendidos de la noche, seáis como los ciegos que andan sin saber adonde van. Esta fe sencilla y humilde será para vosotros una luz que os alumbrará y que os hará hijos de la luz. Viendo el Salvador la mala disposición de la mayor parte de los del concurso, y el designio que tenían de prenderle por dar gusto á los fariseos; y no habiendo llegado todavía la hora de su muerte, se retiró y se les ocultó. ¡Qué desdicha, cuando Jesucristo cansado, por decirlo así, y desechado por nuestro endurecimiento se retira y nos deja!

Nuestra Señora de la Piedad.

El culto á las imágenes de Jesucristo, de la Santísima Virgen y de los Santos, data desde los tiempos apostólicos, y fué siempre de mucha utilidad al pueblo cristiano que se edifica con los homenajes que tributa á las imágenes, y se enciende en el fervor y la devoción. Los hereges no podían ménos que trabajar para destruirlo, y ya en el siglo V hubo algunos conatos, aunque no teniendo por entonces efecto, desplegó el espíritu de error todo su ardimiento en el VII, protegido por algunos emperadores de Oriente. Se llamaron Iconoclastas los hereges enemigos del culto de las imágenes, y cometieron violencias y crueldades de todo género para sostener su heregía. Los papas y prelados de la Iglesia emplearon los medios de su resorte para establecer el culto, donde estaba casi abolido, y para sostenerlo en las iglesias en que no se había alterado.

Esta heregía, renovada en diferentes tiempos y lugares, fué condenada por los concilios, y últimamente el general de Trento dió un decreto relativo al culto de las santas imágenes. El culto que se las da es referente á los prototipos ó originales de quienes son aquellas una representación solamente, y todo él debe tener por término al mismo Dios, objeto único que ha de adorarse por sí propio, puesto que los mayores santos, inclusa la Santísima Virgen, reciben de la suma deidad el ser y grandeza á que han sido elevados.

De que Dios se complace en el culto de las imágenes, y quiere que se le pida por lo que ellas representan, tienen los fieles testimo-

nios irrefragables en todas las edades y lugares del cristianismo. Son incontables las gracias y favores que el cielo ha dispensado y concedido cada día á los devotos de los Santos. Las prerogativas y singularísimas gracias con que Dios enriqueció á la Madre del Verbo Eterno, hace que se muestre mas propicia hácia aquellos que tienen una particular devoción á esta Señora en sus diversas advocaciones, y la verdadera devoción á la Virgen se tiene como una señal de predestinación.

Nuestra América Septentrional venera muchas imágenes prodigiosas de la Reina de los cielos, y la ciudad de México, capital de este vasto y riquísimo país, se halla como circunvalada de templos dedicados á imágenes de María, que son el refugio y consuelo de su numeroso vecindario, y á los que concurren gentes de pueblos muy distantes atraídos por la devoción. Cuatro son las principales que se hallan casi á los cuatro vientos cardinales: la de los Remedios al Poniente, la de Guadalupe al Norte, la de la Bala al Oriente, y la de la Piedad al Sur de la ciudad. Esta última se diseñó en Roma y se perfeccionó y acabó, no por manos de hombres, sino por un prodigio. Así lo refieren gravísimos autores que escribieron en el siglo pasado, y fundaron sus escritos en la historia de los religiosos del orden de los predicadores que son los depositarios de esta prodigiosa imagen, y en la tradición constante.

Se refiere que habiendo mandado la provincia de México de padres dominicos al muy R. P. M. Fr. Cristóbal Ortega, varón venerable, á Roma con el carácter de procurador, se le hizo el encargo de que uno de los mejores pintores se encargase de formar en lienzo una imagen de María dolorosa. El procurador, bien informado de la habilidad de aquellos artistas, encomendó la obra á uno de los mejores; pero este retardó el trabajo, de manera que siendo preciso que regresase el padre Ortega, la imagen estaba en diseño, y no pudiendo conseguir que se acabara, dijo el profesor que en México la concluiría alguno otro.

Condujo el padre su diseño, y á su llegada llenó de sentimiento á los religiosos la noticia del estado en que venia la divina imagen. Desenvolvieron el lienzo para mirarlo, y encontraron tan acabada y bella la imagen, que justamente sorprendidos con el portento, trataron desde luego de darle el mayor culto. Esto testifican Cabrera en su escudo de armas de México, el padre Florencia en su Zodiaco Mariano, el padre Herbozo en la dedicatoria de un sermón que

predicó en honor de la Santísima Virgen de Guadalupe, y vertió en un opúsculo que se llamó Baluartes de México, y se imprimió después de haber fallecido el autor. El padre Fr. Manuel Antonio Mojica, en su opúsculo con el título de Tesoro escondido, asegura que el muy R. P. M. Fr. Cristóbal Ortega consiguió del virey D. Lucas Velasco el segundo, la casa recolección de la Piedad, de que se dió posesión á los religiosos dominicos á 12 de Marzo del año de 1595.

Este es el origen de la imágen devotísima de la Piedad, á la que este Sábado de Pasión se tributan singulares cultos, rezándose el oficio de los dolores de la Virgen; y á esta festividad concurre un numeroso devoto pueblo. Este santuario es frecuentado principalmente en días señalados de la cuaresma, y la capilla de una nave se halla hermosamente adornada. Corta es esta demostración de nuestra gratitud á una Señora de tan singular piedad, que por la que tiene de nosotros padeció tan acerbos dolores al pié de la Cruz, y por la que debió á su Hijo Santísimo llenó la medida de estos dolores recibiendo en sus brazos maternales, cuando los santos varones le descolgaron de la cruz. Si en algun paso debemos contemplar traspasada la alma de María de la espada del dolor, es en éste: el cuerpo difunto de su Hijo no presenta en todos sus miembros sino objetos dolorosísimos, capaces de mover á sensibilidad á las almas mas resfriadas en la caridad. ¡Qué sería en la de aquella que era su verdadera Madre, en cuyo seno y de cuya substancia se formó por obra del Espíritu Santo este cuerpo adorable! Su rostro ennegrecido y cubierto de grumos de sangre; su cabeza toda hinchada y traspasada con multitud de heridas de la corona de espinas, que le quitán los piadosos varones á vista de la Señora: los hermosos ojos que alegraban los cielos, cerrados ya por el sueño de la muerte; la lengua sacratísima que articuló aquel *sed tengo*, y que los inhumanos sayones atormentaron con la hiel y vinagre, seca ya y pegada al paladar, como anunció el profeta; los divinos labios que profirieron tantas palabras de sabiduría, de salud y de vida, palabras del Verbo de Dios, cárdenos y abiertos; las espaldas que llevaron sobre sí el peso enorme de nuestras culpas, todas abiertas y descarnadas; los piés que evangelizaron el reino de Dios, las manos que obraron tantas maravillas, taladradas y abiertas con anchas heridas; en fin, el cuerpo todo descoyuntado, lleno de llagas y tan descarnado y retirado, que como habia anunciado el Profeta David, se le podían contar todos los huesos. Hé aquí el presente que los piadosos varones hacen á aquella

cándida Paloma, á aquella tórtola gemidora, á aquella Madre la mas tierna y amante que pudieron ser los siglos. ¡Oh y cuáles serian los afectos de su corazón! ¡Cómo recordaria los días felices que tuvo en sus brazos á su tiernecito Hijo, cuyas dulces miradas, cuyas voces alagüeñas llenaban de delicias su amante corazón; mas ahora no la ve, no la oye, no le habla, no corresponde los dolorosos abrazos que le da, estrechándolo contra su corazón: sus yertos brazos caen por el peso natural, la tiesura del cuerpo despide sus abrazos, y el hielo de la muerte no fomenta ya el calor materno, que por un impulso natural de un corazón de Madre quisiera volverlo á la vida. ¡Oh Dios, Dios justiciero que has castigado el pecado en tu inocente Hijo, perdona ya á la Madre. ¡Ah! no contemple mas tan doloroso objeto; y pues no has de volverle en esta hora al Hijo de sus entrañas, ni puede ser que deje de sentirlo mientras viva, quitála de penar, toma su alma santísima, recibe su espíritu en este trance mas cruel y tormentoso que la muerte misma!

Mas no es este el medio con que el Eterno sostiene el espíritu y el corazón de María: la religion, la religion solamente puede sostener un corazón destituido de todas las fuerzas naturales, mas lleno de virtud y santidad. La naturaleza ciertamente no le presta ya auxilios porque no los tiene; podemos decir que ha desaparecido en ella; pero la gracia que en su concepcion se anticipó á la naturaleza para poseer é informar á esta incomparable criatura, es hoy la que la anima y la mantiene viva. Sí, el corazón, los ojos de María respiran religion: ella contempla la herida del costado de su Hijo, como una fuente de bendición de donde mana la salud de los hombres: vé salir y formarse de la sangre y agua que salió de esta herida el cuerpo sacratísimo de la Esposa del Cordero, la Iglesia universal: ella misma despues de su Hijo Santísimo es el miembro mas noble, la porcion mas selecta, el órgano mas interesante, la parte mas viva y mas activa, el aliento mas vital de este cuerpo místico, que ha costado á su Hijo el doloroso sacrificio de su vida y el destrozo sangriento que ha sufrido en su cuerpo sacrosanto. ¡Pues qué, nos admiramos que María tenga aliento y accion para ayudar á embalsamar y envolver en la sábana el cadáver de su Hijo, y ligarlo con las fajas, y cubrir su rostro con el sudario de la tumba. Es verdad que ella siente disolverse su corazón como una cera derretida, y que el vigor de su naturaleza se ha secado como la aridez de un tiesto; pero la religion la levanta, erige su cuerpo, afirma sus

rodillas, esfuerza sus pasos y la conduce acompañando el triste funeral de su Hijo. El discípulo amado, los varones, las mugeres piadosas conducen el cadáver, sacrosanto cadáver, para asombro de los cielos, unido hipostáticamente á la divinidad; pero cadáver que quiere seguir las leyes de la naturaleza y necesitar del ageno socorro.

Habia en el monte un huerto, y en el huerto un sepulero nuevo, en el cual no se habia sepultado muerto alguno: en él, dice San Juan, porque estaba cerca, y era ya la Parasceve de los judíos, sepultaron á Jesus: cerróse su entrada con una gran lápida, dice San Márcos, y á esta lápida se puso el sello, quedando á la custodia una guardia, como dice San Mateo. La adolorida reina moria tantas veces cuantas se ejercia alguna accion, ó se prestaba algun obsequio al cuerpo difunto de su Hijo; pero aquella á quien el amor maternal no podia permitir separarse de su Hijo, y quien la piedad daba esfuerzo para prestarle los últimos obsequios, concluidos estos y repasados los sitios dolorosos que deja tenidos con la sangre de su Hijo, se esfuerza para conducirse á su retiro, donde en amarga soledad llora su triste orfandad, y donde su alma santísima renueve á cada instante en obsequio de su Dios el sacrificio que ha hecho por su gloria y por la salud de los hombres.

La Epistola es del capítulo XVIII del profeta Jeremías.

En aquellos días: Se decian los ímpios judíos unos á otros: Venid, y tratemos seriamente de obrar contra Jeremías; porque no faltará la ley de boca del sacerdote, ni el consejo del sabio, ni la palabra del Profeta. Venid, atravesémosle con nuestra lengua, y no hagamos caso de ninguna de sus palabras. ¡Oh Señor, mira por mí, y pára tu atencion en la que dicen mis adversarios. ¿Con que así se vuelve mal por bien? ¿Y así ellos han cavado una hoya para hacerme perder la vida? Acuérdate de cuando me presentaba yo en tu acatamiento, para hablarte á su favor, y para desviar de ellos tu enojo. Por tanto, abandona sus hijos á la hambre, y entrégalos al filo de la espada: viudas y sin hijos queden sus mugeres, y mueran de una muerte infeliz sus maridos, y véanse en el combate sus jóvenes atravesados con la espada. Oíganse alaridos en sus casas: Porque tú has de conducir contra ellos súbitamente al salteador contra aquellos que cavaron la hoya para cojerme, y tendieron lazos ocultos para mis piés. Mas tú, ó Señor, conoces bien todos sus de-

signios de muerte contra mí. No les perdones su maldad; ni se borne de tu presencia su pecado: derribados sean delante de tí: acaba con ellos en el tiempo de tu furor, ó Señor Dios nuestro.

El Evangelio es del capítulo XII de San Juan.

En aquel tiempo: Los príncipes de los sacerdotes deliberaron quitar tambien la vida á Lázaro, visto que muchos judíos por su causa se apartaban de ellos, y creian en Jesus. Al dia siguiente una muchedumbre de gentes que habian venido á la fiesta, habiendo oido que Jesus estaba para llegar á Jerusalem, cogieron ramos de palmas, y salieron á recibirle, gritando: ¡Hosanna! Bendito sea el que viene en el nombre del Señor, el Rey de Israel. Halló Jesus un jumentillo, y montó en él; segun está escrito: No tienes que temer, hija de Sion: mira á tu Rey que viene sentado sobre un asnillo. Los discípulos por entónces no reflexionaron sobre esto; mas cuando Jesus hubo entrado en su gloria, se acordaron que tales cosas estaban escritas de él, y que ellos mismos las cumplieron. Y la multitud de gentes que estaban con Jesus cuando llamó á Lázaro del sepulero y le resucitó de entre los muertos, daba testimonio de él. Por esta causa salió tanta gente á recibirle, por haber oido que habia hecho este milagro. En vista de lo cual dijéronse unos á otros los fariseos: ¿Veis como no adelantamos nada? He aquí que todo el mundo se va en pos de él. Al mismo tiempo ciertos gentiles, de los que habian venido para adorar á Dios en la fiesta, se llegaron á Felipe, natural de Betsaida en Galilea, y le hicieron esta súplica: Señor, deseamos ver á Jesus. Felipe fue y lodijo á Andres; y Andres y Felipe juntos se lo dijeron á Jesus. Jesus les respondió, diciendo: Venida es la hora en que debe ser glorificado el Hijo del Hombre. En verdad, en verdad os digo que si el grano de trigo, despues de echado en la tierra no muere, queda infecundo; pero si muere, produce mucho fruto. El que ama su alma, la perderá; mas el que aborrece su alma en este mundo, la conserva para la vida eterna. El que me sirve, sígame: que donde yo estoy, allí estará tambien el que me sirve; y á quien me sirviere, le honrará mi Padre. Pero ahora mi alma se ha conturbado. Y ¿qué diré? ¡Oh Padre! librame de esta hora. Mas para esa misma hora he venido. Oh Padre, glorifica tu nombre. Al momento se oyó del cielo esta voz: Le he glorificado ya, y le glorificaré todavía mas. La gente que allí estaba y oyó el sonido de esta voz, decia que aquello habia sido un trueno. Otros

decían: Un ángel le ha hablado. Jesús les respondió, y dijo: Esta voz no ha venido por mí, sino por vosotros. Ahora va á ser juzgado el mundo: ahora el príncipe de este mundo va á ser lanzado fuera. Y cuando yo seré levantado en alto en la tierra, todo lo atraeré á mí. Esto lo decía para significar de qué muerte había de morir. Replicóle la gente: Nosotros sabemos por la ley, que el Cristo debe vivir eternamente. ¿Cómo dices pues tú que debe ser levantado en alto el Hijo del Hombre? ¿Quién es ese Hijo del Hombre? Respondióles Jesús: La luz aun está entre vosotros por un poco de tiempo: caminad pues miéntras tenéis luz, para que las tinieblas no os sorprendan: que quien anda en tinieblas, no sabe donde va. Miéntras tenéis luz, creed en la luz, para que seáis hijos de la luz. Estas cosas les dijo Jesús, y se fué y escondió de ellos.

MEDITACION.

Sobre la injusticia horrenda con que se juzgó y condenó á Jesucristo.

Considera que habiendo de ser juzgado Jesucristo ante los hombres no podía ser otra la causa que se le formara, ni la acusacion que se diera contra él, que la que realmente fué, esto es, una calumnia, un tejido de falsedades, una interpretacion maligna de sus palabras y de sus acciones, una suposicion tan absurda y arbitraria, y tan hija de la obstinacion y de la ceguedad voluntaria; como dar por dichas por un puro hombre las palabras del Hombre Dios, para hacerlas aparecer como blasfemas, siendo así que eran una manifestacion sincera y verdadera de su divinidad. ¿Mas qué otra cosa pudieran imputar á delito á aquel cuya inocencia y cuya santidad asombrosa era notorísima á todo el mundo, y tanto, que el mismo Salvador algunos dias ántes habia dicho al pueblo: quién de vosotros podrá tacharme ó argüirme de alguna culpa? Verdaderamente que era imposible hallar algun defecto ó imperfeccion en aquel que era impecable y santo por naturaleza. No habia mas que echar mano de la calumnia, y hacer que pareciesen criminales las obras mas inocentes y mas santas, hasta llegar al caso de decretar su muerte porque habia obrado un milagro asombroso. “¿Qué hacemos?” se decían unos á otros en el consejo, “¿qué hacemos? Este hombre obra muchos milagros: si lo dejamos así, todo el mundo creerá en él, y vendrán los romanos y se apoderarán de nuestra ciudad, des-

truyendo ó esclavizando nuestra nacion.” ¡O iniquidad! ¡O injusticia atrocísima! Condenar la inocencia por un vano temor de que podía librarlos aquel mismo Señor omnipotente cuya voz obedecía toda la naturaleza, que resucitaba á los muertos, que humillaba á los demonios, que imperaba á las olas y á los vientos, que mudaba los corazones, y que sin armas ni defensa alguna sabia parar el ímpetu de sus enemigos, y andaba entre ellos sin temor. Pero tal es la fuerza de una pasion, y el embrutecimiento á que induce la obstinacion, que nada de esto se atiende, y solo se va á buscar un pretexto para entregar á la muerte al Autor de la vida.

Considera que la verdadera causa que tenian aquellos hombres perversos para tratar de deshacerse de Jesucristo, era que conocian que con su santidad, con su doctrina, con sus milagros, con su beneficencia, con su sabiduría, y con todas sus prendas y virtudes se habia de llevar tras sí, y se llevaba en efecto, la admiracion de todo el pueblo, enseñoreándose de sus corazones con su amabilidad y su dulzura. De aquí debia resultar que ellos perdieran la aura popular y el prestigio con que dominaban á la nacion, ya como maestros de la doctrina, ó intérpretes de la ley, y ya como ejemplares de virtud y dechados de perfeccion. Bien conocian ellos su propia ignorancia, y que esta se hacia notoria á vista de la sabiduría de Jesucristo: bien conocian su propia iniquidad y que no tenian mas que un exterior falso de virtud, una refinada hipocresía con que alucinaban al pueblo; y palpaban que esta máscara se les caía á vista de la santidad de Jesucristo. ¿Qué remedio, pues, para evitar su ruina? Deshacerse del justo sin mas motivo que el ser sus obras santas y luminosas. Así estaba anunciado en el sagrado libro de la sabiduría por estas palabras: Rodeemos al justo, esto es, persigamos al justo, oprimámoslo por todas partes y de todas maneras, porque sus obras son contrarias á las nuestras: él está satisfecho de que tiene la ciencia de Dios: él se llama hijo suyo: véamos si son ciertas sus palabras, y si es hijo de Dios, librelé de nuestras manos. Condenémosle pues á una muerte afrentosísima. He aquí la causa porque los pontifices y fariseos condenan á muerte al Salvador.

PETICION Y PROPÓSITOS.

Libradnos, Señor, de tan suma desgracia, como dejarnos dominar de una pasion violenta, y de la obstinacion y ceguedad voluntaria,

¡Ah! nosotros cada día reiteramos en nuestros corazones el atentado horrendo de los judíos, queriendo más perderlos que dejar de seguir el ímpetu de nuestras pasiones. Sostenednos pues con vuestra gracia, para que nos libremos de caer en este abismo.

JACULATORIA.

Illuminadnos, Señor, con la claridad de vuestro rostro, y disipad con ella las tinieblas del error y del pecado.

LECCION.

Sobre las causas de la relajacion de los cristianos.

Si las verdades de la religion cristiana fuesen el continuo objeto de nuestras meditaciones, nuestra alma nutrida con un alimento que le es propio y esencial, no perderia su fuerza y vigor, ni se haria esclava de la ley de los sentidos. El Apóstol Pablo, vaso de eleccion, experimentó en sí mismo dos leyes bien contrarias, y que jamas se pueden conciliar, la del alma y la del cuerpo: la primera dictada por la razon, é ilustrada y perfeccionada por la revelacion, intenta desprendernos de las cosas terrenas para elevarnos á las celestiales y divinas: la segunda al contrario, no es mas que una inclinacion ciega que nos aficiona á los bienes presentes y perecederos, y nos hace perder de vista el único bien, que es Dios. Nadie puede obedecer estas dos leyes, así como no puede servir á un tiempo á dos amos que son enemigos irreconciliables.

Una de las causas de la relajacion de costumbres entre los cristianos es, la falta de meditacion de la ley de Dios. Esta es la luz del alma. ¿De dónde proviene, pregunta el Profeta lamentador, que toda la tierra esté llena de desolacion? De que no hay en ella quien reflexione. *Acuérdate de tu último fin*, dice el sábio, y nunca pecarás. *En tus mandamientos me ejercitaré*, cantó David, y consideraré tus caminos. *En tus justificaciones* meditaré: no olvidaré tus palabras. Jesucristo mismo nos impuso como un deber esencial, el que nos ocupásemos principalmente en el reino de los cielos; que velásemos sobre nosotros mismos, que orásemos incesantemente, que nos hiciésemos violencia, que llevásemos nuestra cruz y la siguiésemos. Los justos en ninguna circunstancia se exceptúan de estos esfuerzos: por lo que se infiere, que toda la vida

del cristiano debe emplearse en la meditacion de sus obligaciones, y contrarestar siempre á la ley de la carne. ¡Pero cuán pocos son los que mantienen esta lid del espíritu y del corazón! En nada casi, sino es en las apariencias; se parecen los cristianos de estos tiempos á los de los siglos pasados. Aquellos despreciaban todo lo que tenia sabor de la tierra; sus ojos siempre estaban clavados en el cielo; el mundo no era para ellos mas que un lugar de destierro; veían á sus cuerpos como cárceles de sus almas; no conocian mas patria que el cielo; nunca perdian de vista el precioso don de la fé, ni la adopcion de hijos de Dios que se les habia dado en el bautismo: los cristianos del día, que han nacido en medio de un bien y riquezas inestimables, no conocen ni sienten el valor de la Redencion y de su dignidad; la facilidad con que se hallan en posesion de los tesoros inestimables de la gracia desde niños, parece que es la causa de su culpable reposo y flojedad.

El fausto, los honores y las riquezas los hechizan y ocupan, adormeciéndolos en el regazo de la falsa paz. Si pensáramos como nuestros mayores, seriamos como ellos, un mismo corazón y una misma alma. La falta pues de reflexion en las verdades del cristianismo ha debilitado el vigor de su espíritu y le ha hecho declinar de edad en edad en los particulares, y de siglo en siglo en el cuerpo todo de la sociedad. ¿Qué distantes estamos de aquel fervor que abrasaba á los primeros fieles! La paz que se disfruta, ha ocasionado una cierta delicadeza ó afeminacion que nos hace tibios en todos los negocios de la eterna salud. Ya no se ve aquel celo que resplandecia en el tiempo de las persecuciones, y que daba muy bien á conocer á aquellos que no tenian mas que apariencias de piedad.

Los edictos crueles de los príncipes, las amenazas de los suplicios y destierros, las confiscaciones de los bienes, y por último la vista de una muerte inevitable que se presentaba á cada momento, y en todos lugares, tenian alerta las almas, siempre dispuestas como víctimas para el sacrificio: el mundo era nada para los que esperaban por instantes el martirio: los obispos y sacerdotes no tenian rentas que esperar; el pueblo no se divertía ni ocupaba en acumular haciendas que habrian sido presa del acusador, ni en cultivar la hermosura, la salud ni la vida que la cuchilla del verdugo habia de acabar. Pero desde que cesó la presuncion, la paz fué causa de las malas costumbres; comenzaron los hombres á amar su alma, en es-

presion del Evangelio, y la perdieron: el fin de los trabajos fué el principio de los vicios. Ya no hay tiranos, ya no hay verdugos; pero hay pasiones, hay avaricia, hay ambicion, hay impureza, hay disolucion, que son azotes mas terribles; y lo que es mas cruel, la misma disciplina se ha relajado en un tiempo en el que debia animarse con mas fuerza.

Se tiene mucho ménos horror al pecado, y se teme ménos la recaída. El pecado ha colmado la medida y no teme manifestarse, porque ya no hay afrenta ni pena para la disolucion. Cada uno se hace hoy director de sí mismo; y en un negocio tan importante como el de la salvacion, en el que nada habria de consultarse mas á los sabios é ilustrados, cada uno se refiere á su conciencia, pero errónea y oprimida por las pasiones; esto es, á una infeliz preocupacion que se toma por una luz del cielo, y que se sigue sin querer desistir de ella. Esta decadencia en las costumbres y en la fé, nos conduce sin remedio á aquella espantosa apostasia anunciada en los libros sagrados. Nada será mas fácil al Artista, que el engañar á unas almas tan mal dispuestas para la virtud.

La curiosidad y el amor de la novedad son otras dos causas de nuestra tibieza infeliz. Queremos conocerlo y sondearlo todo, y á puro leer todo lo que se imprime y todo lo que el siglo admira, perdemos insensiblemente la fé; ya no somos cristianos sino por costumbre; apenas nos interesa ya y mueve la religion. Amamos con furor el lujo que ella proscribiera; lujo que nos dobla de tal modo á la tierra, que nos olvidamos enteramente del cielo. Cada dia se aumenta mas y mas la ostentacion para disgustarnos de la pobreza: la soberbia para apartarnos de la humildad, esto es, de las dos virtudes que son la basa y fundamento del cristianismo. Es verdad que á pesar de la multitud de desórdenes que hay entre nosotros no faltan en cada ciudad personas santas que con sus oraciones y ruegos desvian los castigos que nosotros merecemos; pero su número es muy corto. Los escogidos son de todo el mundo y de todos los tiempos; y como el mundo no subsiste sino por ellos, siempre se reproducirá mientras subsista el universo; no con la misma abundancia, pero sí siempre con la misma verdad. No hay, pues, que admirarse de que los santos padres clamasen de siglo en siglo contra las impedidas y contra la depravacion, y de que encontremos en los escritos de muchos, llantos los mas amargos, y reprehensiones las mas vivas contra la ostentacion y adornos profanos. La

relajacion de algunos cristianos es tan antigua como el cristianismo; en todos tiempos ha habido zizaña en el campo del Señor; los primeros siglos de la Iglesia fueron santos; pero no impecables; los últimos son excesivamente relajados; pero no incurables. En aquellos hubo entre mucho bueno algo malo; en estos entre mucho malo, hay algo bueno; los perfectos y fervorosos estarán siempre mezclados con imperfectos y relajados; estas son dos diferentes porciones, que como los dos gemelos, Jacob y Esaú, viven unidos y juntos en un mismo seno; los unos convierten y reforman á los otros, y éstos ejercitan y purifican á aquellos: las almas humildes y verdaderamente piadosas, se animan á vivir con mas fervor á vista de los que ofenden á Dios.

La casa del Eterno no está reducida á uno solo; aunque la fé se disminuya como la luz del dia al caer la tarde, aunque la caridad se resfrie, siempre Dios pondrá entre nosotros algunos justos, á quienes no dejará de enriquecer con sus dones. Jesucristo es ahora tan poderoso como ántes lo ha sido; el Espíritu Santo influye en la Iglesia, como en otros tiempos. Demos, pues, gracias al Señor, de que el cristianismo, despues de tantas revoluciones por parte de los idólatras, hereges y pecadores, despues de tantos escándalos y cismas, subsista aun hoy como es en sí. Si la relajacion y perversidad lo han desfigurado, al ménos enseña las mismas verdades que siempre ha predicado. *El que aborrece su alma en este mundo, la guarda para la vida eterna; y quien la ama la perderá.* Aun hay entre nosotros un poco de luz, andemos mientras que tenemos luz porque no nos sorprendan las tinieblas. *El que anda en tinieblas no sabe adonde va.* Mientras que tenemos luz, no hay mas que creer en la luz para que seamos hijos de la luz. Esto es lo que debemos meditar y practicar, si no queremos que se esconda Jesucristo de nosotros para toda la eternidad, que es la mayor desgracia que nos puede acontecer; desgracia que ahora podemos evitar y que despues será irremediable.